

Fragmento

Peores maneras de morir

Francisco González Ledesma



La última novela del inspector Méndez

Francisco González Ledesma



Peores maneras de morir

PRIMERA PARTE

—

UNA VISITA AL CEMENTERIO

El cementerio de Montjuïc no es como el de Pueblo Nuevo, donde aún se conservan lápidas con poesías, estatuas que lloran y muertos que guardan la última factura de su acreedor o la última carta de su amada. El cementerio de Montjuïc está hecho para muertos al por mayor, para muertos industriales. Ya se ha comido la fachada que da al mar, casi se desploma sobre el Estadio Olímpico y acabará comiéndose todos los pinos de la montaña, a menos que los talen antes para hacer un aparcamiento de coches.

Méndez fue al cementerio aquella tarde. Como hacía cada dos meses, quería visitar la tumba del primer hombre al que mató.

Era una tarde de otoño, triste y suave, donde las lápidas parecían recién lavadas por la lluvia, en el tronco de cada ciprés parecía estar grabado el nombre de una mujer que ya se había ido, y el mar tenía un brillo de plata vieja.

No era extraño que Méndez visitase la tumba cada dos meses, puesto que el alquiler del nicho lo pagaba él. Era el último deber que creía tener para con el hombre al que había matado. Se plantaba ante la sepultura, hacía como si rezase una oración, saludaba con una suave inclinación y se iba. Méndez hacía eso porque no era partidario del olvido eterno para con los muertos y porque durante algún tiem-

po había creído que nadie más que él iría a visitar aquella tumba.

Se equivocaba. Había visto allí flores con cierta frecuencia. En teoría, el muerto no tenía a nadie, pero, por lo que parecía, había alguien que todavía se acordaba de él.

Méndez no imaginaba quién podía ser, pero esa tarde tuvo la oportunidad de descubrirlo. Era una mujer joven, casi una muchacha. La vio depositar una rosa como las que Méndez se había encontrado otras veces, hacer un leve gesto con la cabeza y alejarse con paso firme. Ella no vio al policía porque este se había mezclado intencionalmente con un grupo que asistía a un sepelio. Cuando ella hubo doblado la esquina, Méndez volvió sobre sus pasos y regresó junto a la tumba. Sus ojos se clavaron en la lápida, que decía sencillamente: «FERNANDO VEZ». Nada de fechas o testimonios de cariño. Cosa lógica, después de todo, porque Fernando Vez había sido un atracador de bancos.

Méndez lo recordaba perfectamente: recordaba aquella mañana, a primera hora, cuando las tiendas estaban todavía a medio abrir. Era ya el sexto atraco de Fernando Vez, quien golpe a golpe había conseguido una auténtica fortuna. Pero todas las carreras tienen un final: esta vez estaba acorralado ante la entrada del banco y se disponía a disparar contra la cabeza del rehén. Méndez estaba seguro de que lo haría.

Claro que lo recordaba. Como en un fogonazo, Méndez oyó su propia voz:

—¡Suéltalo o te mato!

Méndez nunca hablaba en broma, Méndez era de la vieja escuela del gatillo. Adivinó instantáneamente que el atracador había perdido los nervios y que iba a disparar.

¡BANG!

Lo apuntó al hombro derecho. Méndez podía rememorar la escena a pesar de haber pasado tanto tiempo. Pensó que con eso sería suficiente para que soltase el arma. En cambio, no pensó que su viejo revólver tenía demasiado retroceso y se alzaba mucho al disparar, no pensó que siempre se arrepentiría de aquello, no pensó que se estaba haciendo viejo.

La cabeza de Fernando Vez se había abierto en dos mitades. No pudo disparar al rehén, no pudo ni siquiera darse cuenta de que moría. Soltó su arma y cayó como un fardo.

Méndez recordaba haber pensado entonces: «Si no tiene quien lo entierre, yo le pagaré la tumba».

El inspector se movió ahora, dejando atrás el cortejo fúnebre en que se había amparado, y regresó junto a la tumba donde descansaba la rosa. Al lado mismo había otro nicho con otra lápida. Y esa sí que tenía inscripción: «GUILLERMO SUÁREZ. INSPECTOR DE POLICÍA. MUERTO EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER».

Méndez hundió la cabeza.

No todas las cosas que están escritas tienen por qué ser ciertas, ni siquiera las que están escritas en las lápidas. Guillermo Suárez no había muerto exactamente en el cumplimiento de su deber, aunque tampoco eso era mentira. Había muerto al caer de una ventana durante una operación que en principio no entrañaba peligro.

Pero era un buen hombre, era casi un gran hombre. Los ojos de Méndez, que al fin y al cabo era un sentimental sin futuro, se empañaron ligeramente al recordar al compañero más bueno que había conocido.

Volvió de nuevo la cabeza hacia el mar, que seguía teniendo un brillo de plata vieja. Allí estaba el tiempo, el maldito tiempo que nos mira mientras se diluye en el aire. Guillermo Suárez había querido salvar a Fernando Vez cuando

este había salido del reformatorio después de un violento robo. «Tú no tienes familia, muchacho, ni tienes quien te eduque; quizá toda tu vida has necesitado un padre.»

Y así fue como Guillermo Suárez quiso cambiar a Fernando Vez y le permitió vivir en su casa. Así fue como lo quiso convertir en un hombre honrado, así fue como pasó el maldito tiempo.

Méndez volvió a hundir la cabeza.

Por eso él había pagado el entierro, por eso había querido que las dos tumbas estuvieran juntas.

Cuando todo aquello pasó, Vez tenía dieciocho años. Suárez tenía cuarenta, y una mujer de la misma edad.

Ahora Méndez no tuvo bastante con hundir la cabeza; tuvo que cerrar los ojos.

En la tumba de Fernando Vez había siempre una rosa. En la de Guillermo Suárez nunca hubo nada, nunca hubo un recuerdo de nadie. Pero lo más trágico no era eso, lo más trágico era que la mujer que regularmente depositaba flores en la tumba de al lado, en la del atracador, era su propia hija.

Los años, los condenados años lo corrompen todo... Méndez llegó hasta el borde del paseo, encima de otro bloque de nichos, y desde arriba, a mucha distancia, sus ojos de águila aún pudieron distinguir a Lorena Suárez, que a la salida del cementerio se introducía en un coche de lujo. Lorena, que apenas tenía edad para conducir, pero que disfrutaba de un piso propio y una vida llena de pequeños lujos.

Los ojos de Méndez se achicaron, se hicieron duros y fríos. En su cabeza apareció surgiendo del pasado el piso pequeño de la calle de Blay, donde había nacido Lorena Suárez. Recordó el pequeño balcón donde había dos geranios, un rayo de luz y un garabato infantil. Rescató la ima-

gen del bueno de Guillermo Suárez, que leía su periódico mientras disfrutaba de ese pequeño haz de alegría que atravesaba los cristales, y la de su mujer, que tenía unos ojos quietos donde se habían ahogado muchas ilusiones.

Pensó en los dormitorios del pequeño piso que él había conocido, la luz quieta, el silencio que se había ido tragando todas las palabras, y las camas que estaban allí para tapar un secreto. Pensó de nuevo en la mujer de Suárez y en las sábanas que lo ocultan todo. Pensó en Fernando Vez, el atracador juvenil que aún no lo tenía todo perdido. «Estás aquí para educarte y convertirte en un hombre, muchacho.»

Pensó de repente en los dos. En Fernando y la mujer. En la quietud de las tardes de descanso en el balcón mientras una muchacha entona una canción, los años descansan en los portales y el sol acaricia las calles con su lengua.

Sí. Pensó de repente en Fernando y la mujer, en la soledad, en la complicidad de los ojos y en la de los sexos.

Méndez tuvo un estremecimiento.

Ahora lo comprendía todo. Lorena Suárez, la que todos creían hija de Guillermo Suárez, era hija biológica de Fernando Vez, y ella lo sabía. La madre también, claro, pero la madre ya estaba muerta. Y también debió descubrirlo en algún momento el desgraciado policía que acabó arrojándose desde una ventana en acto de servicio. Al menos así revistió de dignidad una muerte a la que debió acudir guiado por el dolor y la vergüenza.

Méndez repasó mentalmente los sucesivos atracos del joven después de irse de la casa; el botín que no fue recuperado jamás; la cómoda posición de la que disfrutaba Lorena Suárez. Todo tenía de repente una sórdida lógica.

El mundo es de una crueldad infinita, pensó Méndez. Siempre una flor en una tumba y un pedazo de olvido en la otra.

Dicen las estadísticas que el dinero de la trata de blancas es más importante y más cuantioso que el dinero del tráfico de armas, pero los honrados padres de familia que están haciendo grande la ciudad harán bien en no creerlo. Nunca ha habido estadísticas fiables relativas a la trata de blancas, porque es un negocio que se esconde en las transferencias bancarias, como nunca ha habido estadísticas fiables relativas a la prostitución, porque es un negocio que se esconde en las camas. Nunca se supo exactamente cuántas mujeres vivían de eso en la época franquista, cuando la prostitución estaba legalizada, ni cuántas salvaron así a sus hijos o sus almas ejerciéndola en los despachos de los canónigos.

Son datos que pertenecen al mundo privado, al de las habitaciones cerradas y los recuerdos secretos, y por eso no hay nada que sea medianamente exacto ni atravesese con su silencio las puertas de la verdad. Pero si el mundo obrero de hace muchos años, con su pequeña y solitaria alegría de los sábados por la noche, necesitaba trabajadoras de la cama, el mundo capitalista y global de hoy, con sus crisis internacionales, sus fronteras abiertas y sus cuentas secretas, necesita transferencias de dinero y transferencias de mujeres que buscan un mundo mejor.

Como la muchacha que, a plena luz del día, estaba siendo perseguida por el hombre que había de matarla.

La joven recorría ansiosamente las calles de una Barcelona que le era absolutamente desconocida. Ella también había buscado un mundo mejor y ahora se daba cuenta de que, entre la indiferencia de las masas informes que deambulan por las aceras sin ser conscientes de otra realidad que la suya propia, ese mundo mejor no existía ni tal vez existiría nunca.

Quizá porque Méndez había dedicado aquella tarde a los perros, pensaría más tarde que la muchacha había sido un perro perdido.

Como cada tarde, Méndez había abierto el piso solitario de Antonio Muro, en la calle Escudellers, y había depositado la comida para los dos perros de este. El piso estaba vacío, era pequeño y oscuro, y en la parte de atrás había una única ventana que daba a un patio con ropa tendida. En el alféizar de la ventana, siempre cerrada, había anidado una familia de palomas. Méndez se había preguntado si los perros ladrarían y asustarían a las palomas durante la noche.

Antonio Muro no estaba en el piso porque estaba en la cárcel. Justamente lo había detenido Méndez.

Pero los perros no tenían la culpa. Ellos eran la única amistad y la única compañía de Antonio Muro, ladrón especializado en el viejo arte de las cajas fuertes, pero cada vez con menos trabajo, porque ahora los robos se hacen a la brava. Méndez le había jurado: «No te preocupes, al menos tus perros no morirán». Luego, como todas las semanas, pagó a una vecina un sueldo para que los atendiera por las mañanas.

Entonces Méndez aún no sabía nada de la muchacha fugitiva en una ciudad desconocida, como un perro perdi-

do en las calles que no ha visto nunca. No sabía nada de aquella figura gris que aún podía parecer una niña.

Y eso que casi se había cruzado con ella.

El hombre que había de matarla también acababa de cruzarse con ella.

Sus ojos pestañearon cuando la vio acercarse al enorme edificio gris de El Corte Inglés en la plaza Catalunya. Ahora se le ocurrirá entrar, pensó, y eso significaba que todo podía estar perdido. Pero la muchacha no entró, señal evidente de que su cerebro ya estaba colapsado por el miedo. Como los perros perdidos que dan vueltas continuamente, lo olisquean todo y pierden su sentido de la orientación, la muchacha que estaba a pocos metros de él vacilaba ante todo, desconfiaba de la gente, de las calles desconocidas, de la oscuridad que empezaba a envolverla, de los rótulos que no entendía, de los escaparates y las caras sin sentido. Su cerebro ya no funcionaba, solo funcionaban sus pies.

El hombre que había de matarla sonrió interiormente al ver que ella invertía su camino y descendía ahora hacia Las Ramblas, hacia el barrio viejo, donde sin embargo era fácil perderla. Él mismo le hubiera dado algunos consejos muy sencillos para salir de la situación: «Entra en los almacenes y abrázate a un agente de seguridad o déjate caer al suelo y no te muevas hasta que llegue la policía».

Era evidente que la fugitiva no estaba en situación de pensar, pero comprendió, sin embargo, que la muchacha acabaría tomando una decisión razonable, de modo que el tiempo iba contra él. Le convenía acabar con el trabajo.

Ahora la iniciativa tenía que tomarla él. Y pronto.

Casi la rozó cuando los dos eran engullidos por el gentío de Las Ramblas.

Cerca de allí, en las profundidades de la Ciudad Vieja, había otra muchacha que estaba dominada por el miedo, aunque nada temía de la muerte.

Tenía miedo porque el edificio entero estaba casi totalmente vacío. De sus diez pisos, solo dos tenían presencia humana, conservaban una cama, una radio de la que llegaba un hilo de voz y una ventana por la que entraba un rayo de luz. Las demás viviendas estaban tapiadas y, vacías de aliento humano, eran el terreno de las sombras, los crujidos que no vienen de ninguna parte, los cuadros olvidados en las paredes, los visillos y los fantasmas.

La vieja calle San Rafael quedó un día cortada por la rambla del Raval, a la que de pronto llegaron unos árboles llenos de sorpresa, unas sillas de café, unos camareros marroquíes y unos culos de mujer que ansiaban descansar en paz. Las fuerzas vivas de la ciudad cerraron y derribaron los hotelitos donde había cortinas históricas, parejas clandestinas, espejos amarillentos y camas republicanas. Algunos hombres se detenían aún allí, ante el espacio vacío, pensaban en el tiempo y las mujeres que se habían ido, dibujaban en el aire las habitaciones que ya no existían y acababan maldiciendo lo único que les quedaba, que era la memoria.

Por eso muchas casas cercanas a la rambla del Raval habían sido derribadas tiempo atrás y otras seguirían cayendo, como, por ejemplo, el edificio en que aguardaba la muchacha, oyendo los crujidos de la escalera.

Bueno, hay que decir que los bloques a punto de desaparecer eran dos, no solamente uno. Las fuerzas vivas de la ciudad seguían su trabajo ampliando espacios, es decir, fabricando esperanzas y matando recuerdos en el barrio

viejo. De los dos edificios, uno ya estaba completamente tapiado, desde las entradas de la calle a las barandas del tejado, o sea que nada faltaba para que llegase una máquina y lo convirtiera en polvo. El otro, el contiguo, aún mantenía presencia humana en dos pisos, de modo que muchas puertas estaban tapiadas también, pero la puerta de la calle aún podía abrirse para permitir el acceso a los vecinos supervivientes al progreso. Las autoridades, con su fuerza y paciencia inmemorial, esperaban que ambos bloques quedaran del todo vacíos para derribarlos juntos.

La muchacha miró el reloj del comedor, también inmemorial, y calculó que aún quedaban dos horas para que volviese su padre. Como los patios interiores ya estaban hundidos en las sombras, su miedo no hizo más que crecer y crecer. Los adultos olvidan —aunque también lo recuerden alguna vez—, pero los niños saben que hay casas que vienen del fondo del tiempo, acunan a sus muertos y hablan con sus fantasmas.

No te separes un metro de ella, no la pierdas de vista, no dejes que se cruce entre los dos un maldito paseante de Las Ramblas. Mientras seguía a la muchacha, el hombre que había de matarla tenía todos los músculos tensos, como un animal a punto de saltar. Si ella se volvía una sola vez podría verlo, pero eso no significaba nada: un paseante más. Lo malo era si se volvía dos veces y lo veía de nuevo. Entonces sería capaz de reconocer el rostro de la amenaza y ponerse a gritar.

No sucedió nada de eso. «Ella siente horror y se ve perdida porque no sabe dónde está y desconfía de todo...» Claro que eso duraría poco, pero el hombre podía estar seguro mientras la muchacha se enfrentara a la desorientación.

La calle Hospital. La muchacha ha entrado en ella porque la puede controlar mejor, porque no hay tanta gente como en Las Ramblas. Mira a un lado y otro, buscando algo que la salve y que no sabe qué es. En ese momento vuelve la cabeza.

El hombre, el hombre demasiado cerca.

Pero eso aún no significa nada, no significa que la hayan descubierto y la estén siguiendo. Aprieta el paso, vuelve a mirar a un lado y otro, calcula el espacio que la separa de la primera esquina y decide que allí se volverá otra vez.

Lo hace. Hay un relampagueo de escaparates a media luz, puertas cerradas, rótulos incomprensibles y viejos que parecen estar en la calle desde antes del nacimiento de esta. Entonces vuelve a ver al hombre.

Es el mismo y sigue estando muy cerca. Sin duda la sigue. La han descubierto, saben dónde está, acabarán con ella.

El miedo puede más que su vergüenza, y echa a correr. Entrará en una tienda aunque no sepa qué decir, gritará, hará algo. Entonces ve una calle a la que se accede por un arco y se desvía hacia allí.

Vuelve la cabeza de nuevo, está a punto de lanzar un grito.

Y nada. El hombre ha desaparecido. Nadie la mira, nadie se fija en ella, de modo que todo hubo de ser producto de su miedo. Se detiene y respira ansiosamente mientras sus piernas parecen ceder. Poco a poco va recobrando el ritmo normal de respiración, intenta reflexionar y piensa que, de todos modos, ha de asegurarse. En esta calle hay menos gente, pero piensa que, si puede ocultarse en algún sitio unos minutos, los que la sigan perderán su pista.

Si es que la siguen.

La calle es tranquila, aunque parece un túnel. Hay tiendas pequeñas, portales sin luz, hombres que llevan turban-

te, como en una escena irreal de la *kasbah*. Pero más abajo hay más luces, parece que exista una rambla.

Y entonces ve los dos edificios. Uno está completamente tapiado, es como un búnker que cierra el paisaje. El otro también está tapiado en parte, pero conserva el portal de la calle.

La puerta está entornada.

Y la muchacha entra.

Desde arriba se oye el estampido del enorme portalón —casi doscientos años de servicio— cuando alguien lo cierra después de entrar. Desde el piso donde está sola, la muchacha piensa automáticamente. «La Soraya.» La Soraya es la hija de los únicos vecinos que quedan, aparte de ella, y siempre baja la bolsa de la basura a la misma hora para llevarla al contenedor. Sus padres están en el paro y es posible que no coman más de una vez al día, pero por nombres imperiales que no quede. «Soraya.» Lo malo es que mientras va al contenedor deja abierta la puerta de la calle, y solo la cierra cuando regresa. Un día va a pasar algo, porque se colará un *okupa*.

Silencio.

Unos pasos que suben la escalera. Luego otra puerta. Todo en paz. El maullido de un gato —seguramente imperial— se pierde por el hueco de la escalera.

La muchacha se encoge en el diván que ya está carcomido por los años. Bueno, y qué, se convertirá en ceniza cuando derriben la casa. No oye nada más. Abre la luz y le parece que no está tan sola, que todo cambia. Va a encender la televisión y piensa que debió hacerlo mucho antes. Para qué está la tele si no para hacerte compañía.

Oye entonces que alguien oprime el timbre de la puerta, al tiempo que la aporrea con sus manos. Qué extraño,

no ha oído subir a nadie. Pero el que llama está desesperado y quiere entrar como sea.

La muchacha abre. No entiende nada, pero al menos su miedo ha desaparecido, porque intuye que ha de ayudar a alguien. Ve de pronto el dibujo confuso de la escalera, ve la oscuridad, ve una sombra que se mueve.

Algo cae de pronto sobre ella. La muchacha grita mientras cae al suelo. No se ha dado cuenta aún de que tiene encima el cuerpo de una muerta.

Tampoco hay estadísticas fiables sobre las muertes que causa la trata de blancas, y la burguesía honrada hará bien al no creer en ellas. De vez en cuando desaparecen muchachas de las que nada se vuelve a saber, y los ojos llorosos de sus padres mirarán ya para siempre todos los árboles junto a los que pueden estar enterradas. De vez en cuando aparece una prostituta degollada en una carretera comarcal, sin que llegue a saberse jamás quién ha sido su último cliente. Otras veces hay cadáveres imposibles de identificar en barrancos que una mujer afortunada no pisaría nunca. O, simplemente, de pronto, queda vacío el piso donde vivía una chica solitaria. Pero es casi imposible ordenar esos casos, atribuirles una razón o darles un número judicial, y por eso ni los inspectores de Hacienda se fían de las estadísticas.

Hace muchos años, en la época de los sábados lánguidos y la prostitución autorizada, no había apenas mujeres muertas. Por lo menos en Barcelona, a Méndez esos casos no le habían llamado la atención. Una vez, en la famosa casa de mujeres La Emilia, donde ahora está el hotel Gaudí, apareció una dama muerta en una de las habitaciones, pero seguro que no se trataba de una conjura internacional, sino de un pene fugitivo. Otra vez, en un hotelito para parejas

junto a la ronda de San Antonio —muy discreto, tan discreto que se llamaba La Radio—, una dama se encamó con su novio policía, quiso jugar con la pistola de este y se introdujo el cañón en la vagina —quién diablos le habría hablado de estimular así el clítoris—; el arma se disparó y ella murió en el acto. Días después, al reconstruir el hecho en la misma habitación, la juez de turno se dio cuenta de que allí no había ninguna mujer (solo solemnes leguleyos barbados), y en cambio hacía falta de todas todas una mujer, porque, si no, a ver quién iba a poner la vagina para la reconstrucción de la muerte. Y entonces la valiente juez hizo ella de mujer, es decir, de amante, es decir, de muerta, y se introdujo la pistola ante todo el mundo, es decir, hubo vagina legal porque la valiente juez supo dictar providencia.

Nunca se ha sabido si la juez llegó con el tiempo a formar parte del Supremo o del Constitucional, pero todos los colegios de abogados de España piensan que lo merece.

Por último, se supo en las augustas salas de justicia que un travesti había sido contratado (de palabra, o sea, sin ninguna garantía legal) para una felación dentro de un coche que estaba aparcado de noche en un sitio tan discreto como el pasaje de la Concepción, pero el cliente vio las manos rudas del travesti, se puso nervioso y lo mató de un disparo. Luego resultó que el cliente en cuestión era un guardia civil, quien se puso a llorar de vergüenza ante el tribunal, y al presidente le dio tanta pena —o tanto rubor legislativo— que casi se desprendió de la toga para decirle al culpable que estaba allí para protegerlo.

Lo cierto es que la viejísima relación hombre-mujer mediante precio pactado en secreto en una habitación secreta nunca originó grandes estadísticas criminales, aunque sí originó grandes amores clandestinos y grandes broncas conyugales cuando el hombre volvía a casa. Y esa era la

razón de que Méndez y otros viejos policías desconocieran las estadísticas, y esa era también la razón de que en el país reinara la paz, que es la única garantía del pueblo.

Pero la trata de blancas es un fenómeno internacional que mueve grandes intereses y cuesta la vida a centenares de mujeres que solo han cometido dos pecados: tener hambre y tener esperanza.

Por eso resultó tan extraña —en principio— la muerte de aquella muchacha que había tratado de huir por las calles de Barcelona, la muerte en aquella casa que iba a ser derribada, y por eso Méndez comprendió que tenía que actuar de algún modo, y sintió que su viejo barrio le necesitaba, y se dio cuenta de que aquella sangre inocente le llamaba, porque la muerte es la que da sentido a la vida.

Además no era una muchacha, sino dos. Pero eso Méndez no lo supo hasta que entró en la casa.